

Marta contemplaba con gesto hipnótico la pátina plateada de la escasa nieve al otro lado de la cristalera de la cafetería del hotel mientras buscaba la forma de decírselo a Fernando. El sol atacaba con brío la superficie blanca y proyectaba su reflejo líquido en los mostradores llenos de bebidas y en los atolondrados turistas que acodados en la barra seguían esperando que las pistas de Chamonix se enfriaran y se llenaran de la acolchada manta blanca que no había faltado nunca en Febrero de ningún año.

Hasta esa mañana si algo podía salir mal había salido mal y eso complicaba mucho las cosas a Marta en su afán de contarlo. Tampoco lo ponía fácil Fernando que remoloneaba aún en la habitación amodorrado por la resaca de las copas de más de la noche anterior.

Todo empezó con una discusión una semana antes de salir de Madrid cuando Marta se enteró por el extracto de la tarjeta de Fernando que su idea de un fin de semana para celebrar el quinto aniversario esquiendo en Suiza les costaría 2.000 euros. No está mal para el capricho de dos modestos funcionarios. Marta no controló sus nervios y Fernando agarrado a la habitual copa nocturna se explicó tan mal que todo acabó entre gritos y portazos. Como de costumbre, se terminó haciendo lo que había planeado para los dos Fernando; un fin de semana “romántico”.

Como si todo discurriera con ruedas cuadradas, después vino lo del avión perdiendo las maletas que les hizo repetir todo el fin de semana a Marta su chaqueta de cuero “para estar cómoda en el viaje” y a Fernando el jersey nórdico de lana estampada con cabezas de renos. Más tarde el extraño tiempo veraniego que fundió al tiempo la nieve de los remontes y las ilusiones de Fernando de esquiar. Las legendarias pistas niveas de Chamonix se convirtieron en un pastizal de desnudos roquedales. Así las cosas sólo quedaba disfrutar de las actividades en el hotel que incluían un extraordinario concurso de backgamon, excursiones a centros comerciales con material de esquí al asequible precio de un drugstore suizo y la degustación de diferentes clases de quesos de elaboración artesana. Por tanto, ambos se enfrascaron con encono en su afición favorita de los últimos años; discutir por cualquier nimiedad. Ya el segundo día cada

barco emprendió su rumbo, Marta a babor, con el gesto torcido a dar vueltas por el perímetro más cercano del hotel evitando los charcos de barro que enlodaban las aceras y Fernando y su jersey de renos a estribor, acodándose en la barra del bar como fiel gourmet de botellas de gran cobertura internacional que abarrotaban sus hornacinas y mostradores.

Nada fuera de sintonía de lo que había sido el matrimonio hasta ese momento; Fernando con su caótico cosmos de caprichos y anárquica forma de vida y Marta con su densidad silenciosa. Él sintiéndose prisionero y ella en una continua montaña rusa.

¿Qué esperar del futuro?, parecía pensar Marta mientras repasaba mentalmente la vida con Fernando mirando la inexistente nieve cuya insultante ausencia edulcoraba las verdes colinas en el horizonte. Como una pila de ropa sucia atravesada en el pasillo aparecían su falta de responsabilidad en el trabajo, alguna salida nocturna rematada con solemne borrachera, la mala relación con sus padres, su empeño de organizarles la vida a su manera y una larga procesión de etcéteras que hacía oblicua su convivencia.

Fuera de lugar en un Chamomix sin nieve, vestida sin ropa de repuesto, a las doce de la mañana, sola en la cafetería del hotel llena de gente que alternaba con copas de cuello alto.

Por fin bajando las escaleras del fondo de la recepción el jersey de cabezas de reno apareció envolviendo a un Fernando recién duchado, con su pelo moreno peinado para atrás y las manos en los bolsillos. Con una sonrisa distraída la buscó con una mirada panorámica entre las mesas de la cafetería y desgarrado se acercó a Marta y se sentó a su lado.

—Hola cariño. Ya estoy preparado para lo que quiera el día. ¿Tenías algo que decirme?

Marta clavó su mirada en sus profundos ojos marrones y por un momento en su mente desapareció todo; Chamonix, la nieve inexistente, las copas de las doce de la mañana, el jersey de renos, las maletas perdidas. El pasado y el presente también. Sólo quedaba algo indefinible a lo que quería agarrarse. Suficiente:

—Fernando; estoy embarazada.